

*LA HUIDA. LECTURA CON LOS OJOS CERRADOS*

La huida es rápida, brasas en los pies..., no, brasas no, piezas de lego en los pies. El camino es doloroso y mientras lo recorres no sabes realmente si valdrá la pena. La huida está llena de risas, de esas que hasta hacen llorar y su mano, bueno, su mano es una canción al oído, es el mar contra un banco, es...es su mano y eso, a ti, te basta.

El sol se siente como nunca antes lo has sentido. No te acaricia la piel, sus rayos te abrasan como un día de playa, pero también se sienten como un abrazo, uno que recibes a regañadientes, uno de esos que te aplastan. Los dedos te hormiguean y, pronto, también lo hacen tus brazos, como al pedir un deseo en tu cumpleaños.

Camináis cogidos de la mano y sientes la hierba en tus tobillos. No haciendo cosquillas, aunque, en realidad, sí. Se siente más como la almohada que te espera en tu cama, la única realmente cómoda.

El prado, porque en el fondo es un prado, te parece un bosque. No uno tenebroso, apenas hay árboles. Le falta un río. Los grandes bosques, los que deberían estar en los libros, siempre tienen ríos con agua fresca y limpia. El agua fría, muy fría.

Cada vez empieza a haber más árboles y menos hierba. Sus cosquillas se sienten desde lejos. Tienes que tener cuidado con no tropezarte con ninguna raíz. Huele a invierno. No es invierno, de hecho, aún queda para que llegue.

El suelo cada vez se inclina más y la cuesta es hacia abajo. Estaría bien empezar a correr. Correr y no volver nunca más. Correr y huir del sitio de donde huías en un primer momento. Correr de la enfermedad, de las toses y de las medicinas. Pero, sobre todo, correr de la muerte.

Evitas los árboles con maestría, o ellos te evitan a ti, y sientes que vuelas. Sientes, esta vez sí, brasas en los pies. El camino es doloroso, pero en el fondo, muy en el fondo, sientes que vale la pena. También sientes que vale la pena que cada vez tengas menos aire en los pulmones y que, en vez de latidos, tengas un espectáculo pirotécnico en el pecho. Estás débil, pero sigues corriendo.

Y, de repente, ya no sabes si sigues corriendo, volando o, en realidad, estás cayendo. Tardas en llegar al suelo y, cuando llegas, la tierra se te clava y te ensucia la ropa. ¡Au! Pero no duele realmente. Las heridas entre risas duelen menos y no puedes parar de reír.

Te tumbas en el suelo y las piedras se te clavan aún más: en la cabeza, en los hombros, la espalda se te pone roja y los muslos parecen un poema.

Te tiene que ayudar a levantarte y, aunque la preocupación le recorre el rostro, en el fondo, muy en el fondo, también se está riendo.

Bajáis juntos unos metros más, saludando a los árboles y chocando los cinco con sus ramas. Habláis de tonterías (“¿te acuerdas de cuando...”, “...sí, y entonces...”), aunque para vosotros no lo son realmente.

Llegáis a otro prado. También lleno de hierba. Te quitas el calzado. En el centro hay un mantel y una cesta llena de comida. A lo lejos, entre los árboles, se asoma la figura de un oso...de cartón. No puedes parar de reír. Ríos de risas en tu cara y las mariposas del estómago se escapan junto a las carcajadas.

Te sientas, te tiras al mantel. La cesta está llena de manjares divinos, néctar y ambrosía, y, aunque algunas cosas estén poco hechas o muy saladas, todo te encanta. Hacía una buena temporada que no comías así de bien.

Cuando habéis terminado de comer, y termináis por la falta de alimentos y no por las ganas, el cielo está oscuro y sin estrellas, hay una pequeña luna menguante si giras la cabeza un pelín hacia la derecha y hay nubes de lluvia.

Os tumbáis en el césped y os tapáis con el mantel, que habéis sacudido previamente. Hacía mucho tiempo que no estabas así de bien, así de a gusto. Empiezas a amodorrarte, os cogéis de las manos, casi como si no fuerais a hacerlo nunca más.

Los fuegos artificiales de tu pecho empiezan a apagarse para siempre. A lo lejos, el gemido lastimero de la persona que te quiere sale con reticencia de su boca.

Fuera de la habitación está lloviendo.

La respiración se te entrecorta. Por fin, *por fin*, puedes respirar en paz.